

6

El infierno

Los excesos de la Junta son tan sistemáticos, que se acercan al genocidio.

Palabras de Leopoldo Torres, de Madrid, presidente del Movimiento Internacional de Juristas Católicos.

Poco antes de la medianoche del día 10 de septiembre, comenzó a desencadenarse el infierno sobre el pueblo chileno. Las fuerzas de la destrucción y la muerte fueron soltadas de los regimientos, bases militares, navales y aéreas, de los cuarteles y de los domicilios de jefes de organizaciones fascistas, donde grupos operacionales civiles, llamados «unidades independientes» por el alto mando insurreccional, comenzaron a guiar a las patrullas militares para asesinar a dirigentes de los trabajadores chilenos.

El infierno se desencadenó bajo la forma de una *blitzkrieg* que, en el plazo de menos de veinte horas a partir de ese momento, dejaría un ancho camino de destrucción, muerte, tortura, ignominia y brutalidad sin límites puestas en práctica por los altos mandos militares que se presentaron a la nación como cumpliendo «con el deber moral que la Patria les impone», para, en verdad, cumplir con las instrucciones de las FF.AA. de una potencia extranjera (los Estados Unidos). País que necesitaba urgentemente detener el movimiento revolucionario de mi pueblo y colocar a su Gobierno en el flanco de la dictadura militar de Brasil, con el propósito de iniciar una «limpieza de enemigos

de los EE.UU., de los grandes consorcios imperialistas de los EE.UU.», desde el extremo sur de América Latina hasta llegar a México.

A las diez de la noche del 10 de septiembre, los pocos borrachos rezagados en los bares del puerto de la ciudad de Valparaíso, vieron algo no acostumbrado: las naves de la Escuadra de Guerra, que había zarpado diez horas antes desde allí mismo, con el supuesto propósito de unirse a cuatro naves de guerra de los EE.UU. para iniciar los ejercicios bélicos anuales llamados Operación Unitas, habían regresado al puerto... ¡y estaban desembarcando sus tropas que se desplegaban por la ciudad!

Contingentes de la Infantería de Marina, bajo el mando personal del contralmirante Sergio Huidobro, estaban ocupando el gasógeno de la Estación Cerro Barón, la Intendencia, la plaza Arturo Prat, la Estación de Ferrocarriles y otros sitios estratégicos... grupos de tropa de Carabineros se mezclaban con ellos.

En la comandancia naval de la Primera Zona, en Valparaíso, el comandante en jefe de la Marina, almirante Raúl Montero Cornejo, era arrestado personalmente por el vicealmirante José Toribio Merino, depuesto y dejado bajo custodia por un capitán de fragata armado de subametralladora, «hasta que las cosas se aclaren mañana». Merino tomó el mando de la Marina, en presencia de los almirantes dirigidos por Patricio Carvajal Prado, quien, después de la ceremonia insurreccional, viajó apresuradamente a Santiago para hacerse cargo de su puesto «de combate», en el Ministerio de Defensa, a pocos metros del Palacio de Gobierno.

A esa hora, un oficial de Carabineros de Valparaíso, sin tener idea de lo que realmente estaba sucediendo, informó a la Dirección de Carreteras en Santiago que «los marinos están montando un operativo en busca de armas tremendo», «están por todas partes en la ciudad.» Después hubo silencio y las comunicaciones telefónicas con Valparaíso, desde la capital, se cortaron.¹

Lo que pasaba era que la Marina, cumpliendo con el plan de acción final acordado el 7 de septiembre, en el mismo puerto, con el general de Ejército Augusto Pinochet, había simulado salir a alta mar con su Escuadra de Guerra el día 10, y regresado a puerto, cerca de la medianoche, dividiéndose en dos. La mitad se quedó en Valparaíso, con apoyo «internacional si es necesario» de dos destructores de los Estados Unidos que navegaban hasta ponerse a 200 millas mar frente al principal puerto de Chile. La otra mitad navegaba ya, a toda máquina, hacia el puerto de Talcahuano. También allí, a 200 millas mar afuera, se deberían

situar dos unidades de guerra de la Marina de los EE.UU. como «apoyo tentativo».

La ocupación militar de Valparaíso, utilizando las fuerzas desembarcadas como vanguardia, se hizo en las dos últimas horas del día 10 de septiembre con tal precisión y efectividad que nadie en el resto del país se dio cuenta de la situación hasta muy entrada la madrugada del día 11 de septiembre.

Es cierto que el mérito de la eficacia no es totalmente de los altos mandos militares chilenos, porque los planes de ocupación militar del país habían sido discutidos, rectificados y remendados con los miembros de la Misión Militar de los Estados Unidos en Chile, y con el Comando Sur del Ejército de los Estados Unidos en la Zona del Canal de Panamá, durante los meses de junio, julio y agosto.² Incluso, la gigantesca operación militar de invasión de Chile por los generales en contacto con el Pentágono, tenía una debilidad técnica: la falta de un sistema de centralización de las comunicaciones radiales entre las Fuerzas Armadas repartidas en veinticinco provincias por mar, aire y tierra. El Comando Sur del Ejército yanqui, a través de su base militar aérea de la provincia de Mendoza, en la República Argentina, les resolvió el problema. Les destinó un avión equipado especialmente para servir de «estación de relay» y «centralizadora» de mensajes radiales militares. La operación fue tan descarada, de todos modos, que los propios reporteros argentinos descubrieron la maniobra, tres días después del golpe militar, cuando el mundo estaba horrorizado por el genocidio que sucedía dentro de las fronteras chilenas.

El diario «El Mundo», de Buenos Aires, reveló parte de la operación de «apoyo de transmisiones» por parte del Pentágono norteamericano, en esta información:

«El avión tipo WB57S y los pilotos de reservas M. B. Lemmons y D. C. Baird, comandados por los mayores V. Dueñas y T. Shull, de la Fuerza Aérea norteamericana, coordinaron todas las operaciones de las Fuerzas Armadas golpistas antes y durante el cuartelazo.

»Este avión, especializado en misiones de espionaje y equipado con los más modernos instrumentos de telecomunicaciones, operó el día del golpe como estación radial volante. El perímetro de vuelo comprendía la región limitada por Mendoza, Argentina, y las ciudades chilenas de La Serena y Puerto Montt.

»El avión yanqui comenzó a operar en la zona el 7 de septiembre. Ese día cumplió dos misiones y otras el día 10. Del

día 11 al 13 estuvo adscrito permanentemente al apoyo del sistema de comunicaciones de las tropas golpistas, que era vital para éstas.

»La cobertura legal de las misiones de coordinación en comunicaciones de los militares golpistas se llamó "Mission Airstream". La tarea cumplida por el avión norteamericano permitió la conexión de estaciones de la Armada chilena, de una parte del Ejército y de la Fuerza Aérea.»³

Operación Pinzas

Sin embargo, no todo el mérito del infierno que se comenzaba a desencadenar sobre Chile era de los generales norteamericanos del Pentágono y del Comando Sur en la Zona del Canal de Panamá. Buena parte de los objetivos de la insurrección había nacido de las mentes de los conspiradores de más alto rango. Ese era el caso, por ejemplo, del vicealmirante José Toribio Merino Castro, autoascendido a almirante y a comandante en jefe de la Armada esa noche del 10 de septiembre, por la fuerza que dan las armas, y en pocas horas más tarde destinado a ser uno de «los cuatro» integrantes de la Junta Militar que comenzaría a gobernar un país ocupado militarmente, y en guerra permanente de un grupo de generales y su tropa contra un pueblo que había construido la democracia burguesa más sólida y duradera del continente latinoamericano. Una guerra declarada para destruir, arrasar, no dejar piedra sobre piedra de esa democracia chilena, impidiendo con ello, para defensa de una potencia imperialista extranjera y de los grandes señores del dinero en Chile, que ese pueblo creara una democracia más amplia, más sólida todavía.⁴

El «almirante» Merino Castro era un hombre de 57 años, graduado de la Escuela Naval de Playa Ancha (Valparaíso) en 1936. Años más tarde, al igual que todos los altos mandos militares de América Latina «destinados» a ser jefes de sus ejércitos, hizo una «larga práctica» en el aparato militar de los EE.UU. Durante la Segunda Guerra Mundial sirvió a bordo del buque de guerra *Raleigh*, de la Armada de los Estados Unidos, patrullando por la Zona del Canal de Panamá y Guadalcanal. Entre 1956 y 1957 fue adicto naval en Londres, y después oficial de Estado Mayor y profesor de Geopolítica y Logística.⁵

Merino Castro fue el primero de los altos mandos insurrectos